

NOTAS PARA UN BALANCE DE LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES
EN LA DÉCADA DE LOS OCHENTA..

Gisela Espinosa Damián *

1. Nuevos Escenarios, Nuevas Protagonistas.

Al comenzar los años ochenta, el movimiento feminista mexicano se encontraba en un momento de reflujo: las dos instancias frentistas constituidas en la década anterior -Coalición de Mujeres CM (1976) y Frente Nacional de Liberación de la Mujer FNALIDM (1979)- se habían desmembrado y el desánimo cundía entre las feministas. Sin embargo, su acitud subversiva no había sido inútil: diez años de denuncia y la difusión de algunas demandas de género -maternidad libre y voluntaria, despenalización del aborto y libertad sexual-, empezaron a erosionar la ideología de la sociedad mexicana, obligándola a abordar una problemática que, ya en los ochenta, era tema ineludible en universidades, organizaciones sociales y políticas, en instituciones gubernamentales, en gremios y en discusiones de sobremesa. Paradójicamente, al mismo tiempo en que la CM y el FNALIDM reconocían su fracaso para extenderse hacia nuevos sectores, se estaba gestando una reunión masiva y nacional, con una composición netamente popular y con un contenido que rescataba las líneas centrales de reflexión del feminismo. Nos referimos

* Integrante del Programa de Investigación de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán.

al Primer Encuentro Nacional de Mujeres, realizado en la Ciudad de México en el mes de noviembre de 1980.

A este Encuentro -que duró tres días- llegaron alrededor de 500 mujeres arraigadas en sus barrios, sindicatos o comunidades rurales, mujeres que procedían de organizaciones populares independientes del Estado, pertenecientes al amplio espectro de la izquierda (2). Los últimos años setenta y los primeros ochenta fueron tiempos de confluencia del movimiento social en el que se construyeron grandes frentes populares (3), primero como

(2) Las asistentes al Encuentro procedían de barrios urbanos pobres donde los pobladores habían construido organizaciones populares independientes, como el Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey, varios núcleos de Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) y mujeres de la colonia "10 de Abril" del Estado de Morelos; de la Ciudad de México asistieron mujeres de organizaciones o populares de la zona de Iztapalapa y de Ciudad Nezahualcóyotl, así como de las colonias Guerrero, Ajusco y Cerro del Judío. También asistieron campesinas de algunas regiones donde la contienda rural era sumamente violenta, como las mujeres de Venustiano Carranza, comunidad del Estado de Chiapas que recientemente había sido reprimida por el ejército, y de otras regiones de Veracruz y Michoacán, donde las mujeres llevaban dos años impulsando el trabajo comunitario. Al evento concurren trabajadoras de secciones democráticas ganadas en sindicatos nacionales "charros", como las empleadas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, perteneciente al SNTE; estuvieron presentes obreras de varias fábricas de la zona industrial de Naucalpan, sindicalistas de Tepepan, de la UAM y de la UNAM. Participaron esposas de obreros de Mexicana de Envases que habían apoyado los movimientos sindicales de sus maridos. A este Encuentro asistieron también destacadas militantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua (que un año antes había derrocado al somocismo), así como luchadoras de movimientos populares de El Salvador y Guatemala. Finalmente, en el Primer Encuentro se hicieron presentes varias militantes del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y de agrupaciones políticas que poco después constituirían la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), en esa época ambas organizaciones tenían gran influencia en el movimiento urbano popular, en sindicatos democráticos y en el movimiento campesino independiente.

(3) La Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación -con una amplia representación del magisterio-, la Coordinadora Nacional Plan de Ayala -que agrupaba al movimiento campesino

respuesta ante la crisis económica de los setenta, poco después ante los estragos de la "década negra" que comenzó en 1982. En medio de este proceso de pauperización y organización popular y con mujeres estrechamente vinculadas a las organizaciones y luchas del momento, es que se gesta el Primer Encuentro Nacional con el objetivo de discutir la problemática específica que vivían las mujeres en cada sector y en cada espacio de su vida. Esta reunión rompió con la tradición política de la izquierda mexicana, que hasta entonces no había considerado los conflictos de género ni la vida cotidiana como espacios de lucha política, sino que había centrado sus acciones en el terreno de la "lucha de clases".

Las discusiones del Encuentro giraron en torno a tres temas: familia y sexualidad, doble jornada y participación política de la mujer. A través de esta temática "es primera vez" ⁴ --después del cardenismo-- que masivamente las mujeres del pueblo tomaron la palabra para discutir su problemática, y al hacerlo descubrieron que las "cosas de mujeres" también eran materia de política. Para feministas y militantes de izquierda, era esperanzador descubrir que las mujeres del pueblo abordaban sin resistencia su

independiente-, la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular -que integraba a organizaciones urbanas de barrios marginales-, la Coordinadora Sindical Nacional -integrada por sindicatos democráticos- el Frente Nacional en Defensa del Salario y Contra la Carestía de la Vida -que logró conjuntar a organizaciones sociales, políticas y gremiales de todo el país- y el Frente Nacional Contra la Represión -que por su carácter daba cabida a personas de diversa filiación política-.

(4) "Es primera vez...", película dirigida por María Novaro, constituye un testimonio fílmico del evento, que hace alusión a la reitada frase de las asistentes en el sentido de que por primera vez abordaban la temática femenina.

problemática de género, y que de sus peculiares condiciones de opresión surgía una rebeldía y un potencial de lucha hasta entonces inexplorado. Sin duda, las redes de relación de las organizaciones populares a las que pertenecían las asistentes y el entusiasmo que surgió de este primer evento, constituyeron la clave para impulsar vigorosamente un nuevo movimiento de mujeres durante la primera mitad de los ochenta.

2. Unidad y Diversidad del Nuevo Movimiento de Mujeres.

Pese a que la reunión sólo permitió una primera aproximación a la situación que viven las mujeres del pueblo, se abrió un abanico de problemas que fueron creando lazos de identidad general y sectorial y que delinearon los ejes de discusión, análisis y organización sobre los que se centraría el naciente movimiento de mujeres durante la primera mitad de los ochenta. A partir de este primer evento, se desencadenó una ola de reuniones, encuentros, foros, seminarios y talleres, que a su vez dieron lugar a un sinnúmero de "comisiones", "comités" y "coordinadoras" para impulsar, dar seguimiento, establecer relaciones, difundir, etc. las demandas y conclusiones a que iban llegando trabajadoras, campesinas y colonas. Entre 1980 y febrero de 1986, se realizaron diez encuentros sectoriales amplios (de trabajadoras, campesinas o colonas) y cuando menos medio centenar de reuniones locales o regionales de núcleos femeninos populares

(5). Aunque el ser campesina o ciudadana, asalariada o ama de casa, obrera o trabajadora universitaria, marcaba peculiaridades y diferencias, en esencia, todas identificaron problemas comunes en dos ámbitos: por un lado, la opresión vivida en el mundo privado, donde la condición de madres y amas de casa "homogeneizaba" al conjunto; y por otro, el que aún perteneciendo a organizaciones independientes y democráticas, también al interior de ellas vivían relaciones asimétricas de género.

Los elementos de identidad general fueron sólo una parte de los hallazgos. Y ya desde este Primer Encuentro se advertía que la problemática femenina en los sectores populares podía presentar muchos matices: mientras para las asalariadas la carencia de guarderías o de prestaciones laborales y el análisis de las condiciones de trabajo, de la doble jornada y de la vida sindical eran aspectos fundamentales para entender y transformar su condición de género; para las colonas, ser mujer en la periferia implicaba enfrentarse a la carencia de vivienda y servicios públicos, así como participar en organizaciones sociales donde las mujeres eran mayoría pero no dirección; en cambio para las campesinas, una legislación agraria que las colocaba como ciudadanas de segunda, una política de desarrollo rural que sólo

(5) Primer Encuentro Nacional de Mujeres (1980), Primer Encuentro de Mujeres Trabajadoras (1981), Primer Encuentro de Trabajadoras de la Educación (1981), Primer Encuentro de Mujeres del Movimiento Urbano Popular (1983), Foro de la Mujer convocado por el Frente Nacional contra la Represión (1984), Primer Encuentro de Trabajadoras del Sector Servicios (1984), Primer Encuentro de Trabajadoras de la Industria Maquiladora (1985), Segundo Encuentro Nacional de Mujeres del Movimiento Urbano Popular (1985), Segundo Encuentro de trabajadoras de la Industria Maquiladora, Primer Encuentro de Mujeres de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (1986).

consideraba al hombre como destinatario, y el análisis de organizaciones rurales en las que la mujer prácticamente no tenía voz ni voto, resultaban de vital importancia para iniciar un proceso de cambio.

Aunque uno de los saldos más importantes del movimiento de mujeres en la primera mitad de los ochenta se ubicó en el terreno de la reflexión, no todo se redujo a reuniones y encuentros, tanto en el campo como en las ciudades, pero sobre todo en estas últimas, las mujeres comenzaron a proyectar sus nuevas aspiraciones en luchas sindicales (6) y urbano-populares (7) que

(6) En el Metro (1983) alrededor de cien taquilleras sorprendieron a la Empresa al presentarse a un concurso para conductores de tren, vedado implícitamente a las mujeres. Después de una larga lucha -en la que también tuvieron que enfrentar a compañeros del sindicato- treinta taquilleras lograron su promoción como conductoras del Metro. A fines de 1984, en Reynosa Tamaulipas, los trabajadores -en un 80% mujeres- de cinco fábricas maquiladoras, se lanzaron a una lucha espectacular por las direcciones de sus sindicatos de empresa aprovechando las contradicciones que existían entre la CTM y el sindicalismo "blanco" ¡Y ganaron!. También en los primeros años ochenta, las telefonistas iniciaron una importante lucha contra la empresa en un periodo en el que la modernización de Teléfonos de México violaba las condiciones de trabajo convenidas contractualmente. Obreras de empresas pequeñas y medianas como Confecciones Infantiles, PICSA, Frenos S.A. y Levy's también desarrollaron movimientos sindicales en los que imprimieron -en mayor o menor medida- un sello de género a las luchas que protagonizaron como trabajadoras.

(7) Las mujeres colonas, desde siempre sostén principal del movimiento urbano popular, lograron que, en mayo de 1983, la CONAMUP las reconociera como columna vertebral del movimiento. En el Valle de México, la lucha de las colonas tuvo particular relevancia, pues logró consolidar a la organización gremial más amplia y dinámica de la década: la Regional de Mujeres de la CONAMUP. Las colonas entrelazaron su problemática de género a las difíciles condiciones que privan en sus barrios, donde la jornada doméstica es más agotadora; donde la escasez de recursos dificulta su papel como distribuidoras del gasto y responsables de la alimentación de la familia. A partir de ahí se perfilaron los ejes que estructurarían su organización y movilización. Así, los programas estatales de subsidio a la alimentación y el consumo popular, como desayunos escolares, tortibonos, leche

fueron modificando la subjetividad popular y la propia concepción de la izquierda mexicana.

3. Hacia una Nueva Dimensión del Feminismo.

Pese a tantas reuniones que impulsaron las mujeres del pueblo, al llegar a la mitad de la década, las experiencias de lucha popular con una perspectiva de género no eran tantas y la mayor parte no había cristalizado en organización, pero es que el naciente movimiento enfrentaba problemas inéditos. Si en los años setenta, núcleos reducidos de una clase media ilustrada imbuidos de un espíritu casi terapéutico sensibilizaron a la sociedad al incorporar la vida privada al ámbito de la política; en la primera mitad de los ochenta, militantes de movimientos "de clase" participaron masivamente en la construcción de un feminismo popular e intentaron incorporar la problemática de género a la lucha general de los explotados. Aún cuando la "lucha de clases" comenzó a adquirir una dimensión de género y el feminismo se enriqueció con una dimensión sociopolítica concreta que no tuvo en los setenta, los procesos no fueron complementarios sino cargados de contradicciones: la composición social, la problemática de género-clase, los puntos de partida y la perspectiva política de las feministas y de las mujeres de

CONASUPO, despensas, tiendas CONASUPO, cocinas populares, etc., fueron tomados por las colonas para exigir que llegaran a sus barrios. Las mujeres de la periferia urbana también cuestionaron sus relaciones de género en todos los niveles, pero los ejes fundamentales de su organización fueron las reivindicaciones surgidas de su papel como reproductoras.

sectores populares mostraron contenidos y enfoques distintos que se tradujeron también en desencuentros y ritmos de desarrollo diferentes.

Muchas mujeres de sectores populares no se identificaban de manera inmediata con los grupos feministas (8) ni con algunas de sus demandas más conocidas -despenalización del aborto, libertad sexual-. En la vertiente popular predominaba la idea de que las feministas no estaban comprometidas en la búsqueda de una sociedad nueva para todos, y en muchos casos priorizaron la relación con sus organizaciones de clase colocando en un segundo plano sus alianzas de género. Pero esa política de alianzas no garantizó el apoyo de la izquierda, ya que los mismos compañeros y organizaciones con los que compartían la utopía de una sociedad sin clases tenían que ser irremediablemente confrontados por las mujeres en la casa, en la organización y en el barrio y -además de que cada espacio exigía el diseño de tácticas de distinta índole-, muchos compañeros de vida, de trabajo o de lucha -y en ocasiones las propias mujeres- se opusieron a la lucha de género. La estrecha relación de la vertiente popular del movimiento con las organizaciones políticas y sociales, tenía sus pros y sus contras: por un lado, potenció el trabajo de mujeres a través de sus redes de relación y de sus instancias organizadas, pero por otro, restó autonomía al movimiento: las diferencias y problemas de las organizaciones políticas o gremiales se reflejaron en el

(8) Acuerpados en 1982 en la Coordinadora de Grupos Autónomos Feministas y en 1983 en la Red Nacional de Mujeres, ambas constituidas con fines operativos, pero sin la capacidad de consensar ejes de lucha.

naciente movimiento de mujeres, así por ejemplo, el desgajamiento que sufrió la CNPA en 1986 desarticuló la coordinación de las campesinas, los conflictos de la CONAMUP, también se tradujeron en problemas dentro de la Regional de Mujeres. La vertiente popular del movimiento se desarrolló en medio de una tensa relación entre su conciencia de clase y su conciencia de género: ante las organizaciones populares, estas mujeres aparecieron como feministas; pero frente a las feministas aparecieron con un ropaje popular.

El problema no se reducía a añadir a la concepción y organización de clase la problemática de género o la "comisión de mujeres", más bien se trataba de una nueva óptica sobre la vida social, un filtro femenino de análisis que obligaba a reinterpretar la vida toda, a dar un nuevo significado a las viejas certezas y a elaborar una nueva visión del mundo a partir de la experiencia de "ser mujer". Aunque el reto era muy grande y los caminos no estaban claros, en la primera mitad de los ochenta, las mujeres de sectores populares comenzaron a subvertir el discurso, la lógica y las jerarquías establecidas en la familia, en los sindicatos, en las organizaciones políticas, sociales y de masas, evidenciando el carácter multidimensional de las contradicciones y de los movimientos sociales, al rebasar el marco de la "lucha de clases" como ámbito privilegiado de la política a la vez que echaban por tierra la generalizada idea de la izquierda de que la "causa de las mujeres" debería posponerse hasta el socialismo. Así, se llegó a la mitad de la década con el reto de ampliar la organización y lucha de las mujeres, de construir un proyecto que

sin anular lo específico y diverso del movimiento, tendiera a articularlo entre sí, pero también con las organizaciones de masas en la perspectiva de un proyecto de transformación social global. En este sentido, el problema no sólo era cómo vencer los obstáculos para construir un movimiento amplio de mujeres, sino cómo vincular la lucha de género, con la lucha general de los oprimidos y explotados.

4. 1985: Una Sociedad que se Organiza:

El terremoto de 1985 quebrantó al sistema político mexicano. Los canales de expresión y participación socio-política, tanto los oficialistas como los creados por la izquierda, así como el control del partido en el poder, fueron rebasados por la sociedad civil. El sismo mostró a una sociedad capaz de reaccionar con rapidez y con un sentido humano ante la tragedia; cansada de la demagogia y el autoritarismo oficial, reticente al conocido discurso de la izquierda, agobiada por la crisis, entristecida por la desgracia. Una sociedad que pronto comenzó a construir nuevos canales y formas de participación. Este es el clima con que se inicia la segunda mitad de los ochenta y en el que tendría que desenvolverse el movimiento de mujeres.

Una de las luchas que simbolizan aquel momento, fue sin duda la de las costureras, cuyas pésimas condiciones de trabajo y altos grados de explotación (9) salieron a la luz desde los escombros

(9) La industria del vestido es -dentro de la manufactura- la que más mujeres contrata. En 1985, laboraban en la costura 370 mil trabajadoras empleadas por 3,100 industriales en el D.F. Sus

de sus talleres y fábricas. A un mes del desastre, este gremio logró el reconocimiento del Sindicato "19 de septiembre", pero este hecho, más que un resultado, era el punto de partida organizativo de un sector hasta entonces atomizado e inexperto. En un principio, la indefensión en que quedaron miles de costureras, generó una gran indignación social, pero también desbordó la solidaridad de las mujeres hacia ellas. La construcción del sindicato obligó a ir integrando en un solo proceso la resolución de los problemas de las costureras en tanto mujeres y en tanto trabajadoras de una manufactura en la que prácticamente no se conocía el Artículo 123. Este proceso puso de manifiesto que al feminismo se le podían dar varios significados, pero que asumirlo como una concepción que cuestiona las relaciones de poder y opresión en todos los planos, obligaba a reconocer su esencia profundamente democrática, así como su potencial crítico y constructivo. Desde esa perspectiva también obligaba a un compromiso solidario con un gremio inexperto que requería apoyo y respeto en todos los niveles, pero no sustitución de las trabajadoras en sus decisiones (10).

condiciones de trabajo se resumían en: falta de contratos colectivos, jornadas de más de 8 horas, falta de prestaciones (IMSS, INFONAVIT, reparto de utilidades, vacaciones, aguinaldo), inestabilidad en el empleo, salarios por debajo del mínimo e insalubridad en los centros de trabajo. 1, 326 talleres quedaron inactivos a raíz del sismo, de los que 800 estaban totalmente destruidos.

(10) Para ampliar este tema ver, Mercado Patricia, "Lucha sindical y antidemocracia feminista", en Debate Feminista, Año I, Vol. I, México 1990.

5. Viejas Tendencias, Nuevas Convergencias.

Durante la segunda mitad de los ochenta, al tiempo en que se hacían más visibles los estragos del proyecto neoliberal, crecía la inconformidad y se erosionaba la credibilidad política del sistema, el movimiento de mujeres profundiza líneas de acción iniciadas en el quinquenio anterior y crea nuevos espacios de convergencia y movilización.

Por un lado, la agudización de la crisis y la reducción del gasto social del Estado fortalecen la lucha por "reivindicaciones prácticas de género" (11), que frente a la pírrica situación de la clase trabajadora expresa -más que una lucha por mejorar las condiciones de vida- una verdadera estrategia de sobrevivencia. La feminización de la pobreza se traduce en una mayor intensidad de las luchas por ampliar o complementar el ingreso y la dieta familiar; así, las mujeres del movimiento urbano popular continúan demandando subsidios al consumo (12) y participan

(11) Aquellas derivadas de las funciones que cumplen las mujeres de acuerdo a la división sexual del trabajo. Vargas Virginia. "El aporte de la rebeldía de las mujeres". en Jornadas Feministas, México 1986. pp 7-8.

(12) Entre las demandas prácticas de género, la dotación de tortibonos, desayunos y leche CONASUPO, el equipamiento de cocinas populares y la distribución de gas, son ejes de acción de la Regional de Mujeres. Arrancar al Estado estos subsidios, implicó una intensa movilización y algunas acciones espectaculares: En mayo de 1986, las mujeres de la CONAMUP irrumpieron en una conferencia de prensa del Director de CONASUPO, transformando el evento en un foro de denuncia; en abril de 1988, toman las oficinas de DICONSA; en julio de 1989, después de que CONASUPO anunció la disminución de subsidios al consumo, alrededor de 50 mil manifestantes -en su mayoría mujeres- repudiaron la política estatal y exigieron alimentos baratos en una concentración que la prensa bautizó como el "Cacerolazo en el Zócalo".

activamente en nuevos frentes populares que luchan por el abasto y la alimentación. Las campesinas por su parte, exigen al Estado apoyo para impulsar proyectos productivos, Unidades Agrícolas de la Mujer, explotaciones avícolas, molinos de nixtamal y actividades que complementen el ingreso rural. En el campo y en la ciudad, las mujeres pobres participan también en proyectos de salud comunitaria y de nutrición; unas y otras van ampliando redes de relación y acciones surgidas de la necesidad (13). Las asalariadas también protagonizaron grandes movimientos, como el magisterial estallado en 1989, en el que las maestras se manifestaron como trabajadoras de un sector duramente golpeado por la crisis y hartas del "charrismo" sindical y del dominio caciquil de su "líder vitalicio" (14). Así, durante la segunda mitad de los ochenta, colonas, campesinas y trabajadoras en su papel de reproductoras o como sostén de la familia, fortalecieron y ampliaron la lucha por la sobrevivencia.

Pero por otro lado, estas mujeres también se internaron en nuevos frentes y espacios de lucha donde convergieron con sectores femeninos menos agobiados por la crisis y donde las

(13) Mientras tanto, las campesinas se han ido acuerpando en dos redes: una sostenida básicamente por las Comunidades Eclesiales de Base en el sureste del país -de 1981 a 1990, han celebrado diez encuentros- y otra red de Promotoras Rurales que se reúne cada seis meses desde 1987. Al margen de estas dos coordinaciones, también se han desarrollado múltiples experiencias en varios estados del país.

(14) A partir del movimiento magisterial, empezó a gestarse una inquietud más generalizada sobre la problemática de las maestras, en julio de 1989, en el Primer Encuentro Nacional de Maestros Dirigentes Sindicales, se reconoce su importancia en el gremio y su escasa injerencia en la vida sindical. En 1990, se realiza la Primera Jornada Sobre Mujer, Trabajo y Educación, en la que las maestras discuten su problemática.

reivindicaciones de género eran el eje aglutinador: desde 1985, la lucha contra la violencia hacia las mujeres, se fue perfilando como un eje de convergencia de todas las agrupaciones femeninas (15). En torno a esta problemática se han consensado demandas en un movimiento plural y heterogéneo, donde parecía difícil encontrar puntos de unidad y se creó la Red Contra la Violencia y por los Derechos de la Mujer.

Otra de las reivindicaciones de género que ha movilizó a las mujeres ha sido la lucha por la maternidad voluntaria y la despenalización del aborto. Una iniciativa de ley, ahora avalada por diversos organismos sociales y políticos -que rescata el Proyecto elaborado por las feministas en 1979- fue presentada ante la Cámara de Diputados en 1990. Por la misma época en que se crea la Red contra la Violencia, se constituye el Frente por la Maternidad Libre y Voluntaria. Evidentemente, la difusión del problema que las feministas han hecho desde hace quince años, permite hoy reconocer al aborto como una cuestión de salud pública, pese a ello, y a que incluso algunos núcleos de la clase gobernante podrían apoyar la iniciativa, otros grupos dentro del Estado y la sociedad se oponen a ella.

La posibilidad de consensar demandas de género entre mujeres de sectores populares que en la primera mitad de los ochenta no las sentían como suyas, refleja un tránsito lento pero irreversible

(15) Esta esfera de la lucha ha permitido denunciar desde la violencia doméstica, hasta la violencia institucional, la de los aparatos represivos, la de los centros de salud, la emanada de la crisis, la ejercida por las patronales, el hostigamiento y la violencia sexual, la discriminación, las desigualdades y las injusticias que se viven por ser mujer.

del momento en que descubren una problemática pero contraponen o priorizan las demandas de clase frente a las de género, al momento en que reconocen, en la práctica, que su carácter de explotadas no excluye su lucha como mujeres, ni sus vínculos con quienes encabezan las demandas de género. En ese sentido, creemos que aún cuando las dos vertientes del movimiento han mantenido caminos paralelos a lo largo de los ochenta, la vertiente popular del movimiento ha flexibilizado lentamente su postura frente a las demandas típicamente feministas gracias a varios elementos: en primer lugar, la lucha por "demandas prácticas de género" ha desencadenado conflictos que modifican la conciencia de género y las relaciones entre hombres y mujeres en el ámbito doméstico y al interior de las organizaciones populares; en este sentido, el saldo político e ideológico de las reivindicaciones prácticas de género, es mucho más amplio del que aparece a primera vista. En segundo lugar, las mujeres de sectores populares han creado espacios para profundizar el análisis sobre diversos problemas de género (16). En tercer lugar, el contacto con mujeres que -también agobiadas por la pobreza y con un compromiso de clase, como las sandinistas de

(16) Las organizaciones urbanas han avanzado más rápidamente en esta reflexión, pero también las campesinas participan de ella. Algunos eventos realizados por la Regional de Mujeres de la CONAMUP en esta línea son: Foro contra la violencia y la carestía de la vida (julio de 1986), Foro de análisis sobre maternidad voluntaria y contra la carestía de la vida (10 de mayo de 1987), Foro sobre la Opresión de la Mujer (1987), III Encuentro Nacional de Mujeres del MUP (1987), Reunión Sobre Maternidad Voluntaria, (10 de mayo de 1988), Jornadas Contra la Violencia Hacia las Mujeres (1989). En junio de 1988 se realizó el Primer Encuentro Nacional sobre Sexualidad, coordinado por las Mujeres del Chopo y Mujeres para el Diálogo.

Nicaragua, las mujeres de la CONAMUCA de Dominicana, las peruanas del "vaso de leche", las chicanas y las negras de Estados Unidos se asumen sin titubeos como feministas. Finalmente, la búsqueda de nuevas formas de participación y acción que desató la coyuntura de 1985 y que se enlaza con la etapa electoral de 1988, en la que ya no sólo se muestra una sociedad que se organiza, sino una sociedad que se politiza y abre nuevos espacios de convergencia y lucha.

6. Queremos Todo: la Lucha Ciudadana de las Mujeres.

Entre 1986 y 1988 las fuerzas de oposición fueron rompiendo con una tradición sectaria y, al rebasar los límites de una concepción basada en la práctica de la "democracia directa", convergieron en el Frente Democrático Nacional que agrupó a cinco partidos políticos y a múltiples movimientos sociales. Las elecciones del 88 expresaron el desdoblamiento de la crisis socioeconómica en crisis política del sistema. En esta coyuntura la lucha por la democracia económica y social comenzó a enlazarse con la lucha por la democracia política. La arena electoral rompió lógicas particulares de los agrupamientos y de los sujetos sociales involucrados, que se encontraron en un espacio distinto de concertación donde la lucha por la democracia política era el eje de la acción. Poco antes de las elecciones, las organizaciones gremiales y las reivindicaciones económico-sociales de las mujeres habían sido el motor del movimiento, pero después del 88, el papel protagónico se trasladó a la lucha ciudadana,

en ella, las feministas y mujeres de partidos políticos han tenido más beligerancia y capacidad de respuesta que las organizaciones gremiales de las mujeres.

Antes y durante las elecciones, pero sobre todo después de ellas, las mujeres empezaron a manifestarse y a luchar como ciudadanas: el 30 de julio del 88, mujeres de más de 30 agrupaciones feministas, estudiantiles, sindicales, representantes de colonias y de organizaciones políticas, se manifestaron contra el fraude electoral y acordaron formar un Frente de Mujeres en Defensa del Voto Popular. Poco después surgió el frente de Mujeres en Lucha por la Democracia -integrado por feministas, intelectuales, profesionistas y mujeres de organizaciones políticas-, que definió como su objetivo principal el negociar frente al poder las demandas de las mujeres. En octubre del mismo año, alrededor de treinta y tres organizaciones de mujeres asalariadas, sindicalistas, de barrios pobres y feministas de ONGs, constituyeron otro frente con una composición popular: la Coordinadora Benita Galeana, que definió tres ejes de lucha: por la democracia, contra la violencia hacia las mujeres, y por el derecho a la vida (la sobrevivencia). Ya en 1990, se formó la Coordinadora Feminista del Distrito Federal que desde una perspectiva de género busca contribuir a la transición democrática. Pese a que las instancias frentistas convergen en la lucha por la democracia, también dan cuenta de la diversidad de posturas y vertientes que se expresan en el movimiento amplio de mujeres después del proceso electoral: "asi, la Coordinadora Benita Galeana opera en base a la presencia informal y consensual

de mujeres de distintas instancias urbanas, sindicales, partidarias y de las ONGs feministas; Mujeres en Lucha por la Democracia, no da cuenta necesariamente de una adscripción a demandas de género, sino del interés de un grupo plural de mujeres con tradición política, por manifestarse en torno a procesos electorales; y la Coordinadora Feminista del DF que reúne a mujeres con una perspectiva de género, insertas en distintos campos de acción e inclusive en los dos organismos anteriores" (17).

A partir del 88, el movimiento ha avanzado vertiginosamente en el debate sobre feminismo y democracia, en el relativo a políticas públicas, y ya en 1991 -con la Convención Nacional de Mujeres por la Democracia-, no sólo en el debate sino en la participación directa de las mujeres en la lucha parlamentaria. Pero los saldos formales de la lucha de las mujeres por la democracia son poco favorables, en 1991, se redujeron los cargos de representación y las candidaturas femeninas de todos los partidos. Así, en términos formales la situación es menos favorable que antes de que la Convención participara en el proceso electoral. Ciertamente es importante reconocer la debilidad orgánica del movimiento y conocer el campo de la política formal y el funcionamiento de los partidos, pero la democracia formal también oculta el aprendizaje y el avance indiscutible que ha tenido el movimiento de mujeres en los últimos doce años.

(17) Tuñon, Esperanza. "El quehacer político del movimiento amplio de mujeres en México". mimeo.

La irrupción de las mujeres en la lucha por la democracia social y política, representa un salto cualitativo del movimiento en su conjunto, un momento de maduración y crecimiento: al vincular la causa de las mujeres, la naturaleza profundamente antiautoritaria del discurso feminista, a la lucha por democratizar el país, integra todos los espacios de lucha contra la imposición: desde el cuerpo y la casa, hasta el Estado y el país, pasando por las organizaciones sociales, gremiales y políticas.